



Leyendas

Urbanas

ESE GRANO ROJO, NO LO RECUERDO.....

Khien Soi

Dice una leyenda muy antigua que la mente es el órgano más poderoso, no lo sé. Todo es posible. Lo único cierto es que a veces nos juega malas pasadas y nos hace sufrir durante un tiempo que se torna muy largo, en mi caso lo he pasado muy mal.

Este verano ha sido muy caluroso, uno de los más caluroso de la historia de la Humanidad, eso dicen. Es una frase hecha que se repite últimamente todos los años. Yo soy muy poco aficionado a tomar el sol, bueno, no lo soy nada. Puedo estar un mes en la playa y volver como mucho “colorado”. No me gusta tomar el sol ni en playas ni en piscinas, no lo soporto, me parece un suplicio innecesario. No obstante, cuando hace calor me apetece darme un chapuzón y secarme al sol. Pues eso hice al principio de este verano, me quité la camiseta, me metí en el agua y al salir me sequé un poco con la toalla, como siempre. Sin embargo, algo me llamó la atención, desde hace años tengo unos granos rojos en el pecho y ahora parece que tenía más. Había cuatro, estos estaban localizados, pero ahora parecía que había más. Al sol brillaban, eran de un rojo intenso, sanguinolento. También tengo lunares, pero estos no me inquietaron, estaban como siempre. Me sequé y me cubrí con la camiseta de una manera instintiva. No volví a acordarme de los dichosos granos el resto del día.

Pero al día siguiente, mientras me duchaba volví a observar los dichosos granos, ahí seguían muy rojos y parecía que tenía más. ¿Me estaban saliendo más granos? ¿Serían malos? Lo cierto es que a algunos no los recordaba, eran de diferentes tamaños y antes no los tenía. Empecé a recordar el cartel que había visto en una farmacia del barrio. Reproducía diferentes tipos de granos e indicaba cuales eran los malos, aquellos que podían acabar produciendo un cáncer de piel. Artículos en prensa y reportajes en la televisión advertían de los peligros del sol y sus consecuencias nefastas: el cáncer de piel. Todo se agolpaba en mi cerebro. Yo apenas tomo el sol, nunca en mi vida, pero

nunca se sabe. Es posible que si mi piel es muy sensible con tomar solamente un poco de sol, pueda finalizar en cáncer. Hace años, hubo un verano que si tomé mucho el sol para lo que es mi costumbre, y es posible que ahora esté pagando las consecuencias.

Después de desayunar me fui a pasear con el perro, y lógicamente me acerqué a la farmacia donde había visto el cartel sobre el cáncer de piel. Desgraciadamente la farmacia estaba en obras y no había ninguna señal del cartel, sólo albañiles. Me encaminé a otras farmacias del barrio, pero éstas solo tenía carteles anunciando cremas de belleza y bronceadores. Aunque encontrara el dichoso cartel, eso sólo me podría tranquilizar o alarmar más.

En casa, la preocupación me embargaba y por ello acabé buscando algún libro que me tranquilizara. Allí estaba uno titulado “Síntomas”, lo había ojeado alguna vez, era muy sencillo. Busqué el capítulo adecuado: “Cuando los síntomas aparecen en la superficie de la piel”, decía. No había dudas, “lunares y malformaciones: cáncer de piel”. El libro proseguía indicando que lo más oportuno era consultar con el especialista. Miré otros capítulos sobre otros problemas, en todo venía a decir lo mismo, consulte con su médico. Como si los médicos supieran algo, no saben, pero nos tranquilizan, o nos alarman. Otros libros decían otras cosas, frases sueltas como: “Para liberarse de las dependencias debe tener presente que todos los antagonismos basados en la razón como opuesta al error responden a una invención humana”, ¡y qué habrá querido decir el autor con esta frase! Los libros no servían, y además es posible que su información fuera obsoleta y estuviera desfasado. Afortunadamente no tengo Internet, así no me volví loco buscando información en la red.

Análisis, pruebas, consultas, más pruebas, seguro que me hacen esa que te cogen un trozo de tejido y te lo analizan, biopsia creo que se llama. Ingreso en un hospital, síntomas: sudor, palidez, debilidad y enfermeras sacando sangre a todas horas. Comida insulsa, una ventana que da a otra pared del mismo hospital. Enfermeras alegres, médicos animosos, y uno ya sabe lo que pasa, se nota débil. No hay solución. La televisión de la habitación con volumen muy alto y con unos programas aburridísimos. Visitas inesperadas, en muchos casos no deseadas. Otro enfermo en tu habitación con muchas ganas de hablar, y yo con ganas de desconectar de todo. ¿Dónde estarán mis amigos? ¿Y mi familia? ¿Qué hacen? Hacen vida normal, sólo yo sé lo que pasa, sé que ahora esto va en serio. Cada uno va a lo suyo y de ti se han olvidado. En un momento todo desaparece y lo vivido durante años me parece muy poco. Huele, huele a desinfectante, otra vez la comida, siempre comiendo, y siempre tumbado en esa cama tan alta y con esas sábanas frías, muy frías. Ahora traen suero, lo que faltaba. Pero no tengo que alarmarme, todavía no he ido al médico, tengo que tranquilizarme. Puede que no sea nada, pero algo debe ser. Una vez leí un libro y decía que todos los síntomas que salen son señales que nos indican que algo no funciona como debiera en nuestro organismo.

Tengo que vivir la vida como si este fuera el último día de mi vida, lo dice Buda, y algún autor americano en esos libros de autoayuda. Qué fácil es decirlo, pero hacerlo es una cosa diferente. ¿Cómo voy a vivir hoy como si fuera mi último día?. ¿Qué hago? La teoría es una cosa y la práctica es otra. Pues haré como que estoy preocupado, no es nada fácil desconectar, y además, si hoy es el último día de mi vida, pues mejor no hacer nada. ¿Para qué? Total, no da tiempo para nada. Han hecho películas sobre este asunto, ¿qué haría usted si hoy fuera el último día de su vida? La vida no es una película, ojalá, no suena la música cuando dejamos de hablar y caminamos por la calle. Aquí quisiera yo ver a todos esos escritores de libros de

autoayuda y de técnicas orientales para relajarse y no pensar en nada. Me da miedo, la enfermedad me da miedo y esto no se cura leyendo ni viendo películas. ¡Qué solo estoy!

Vuelvo a pensar, que mala suerte, morirme ahora que no me van mal las cosas. Y después nada, no te recuerda nadie o casi nadie. Durante algún tiempo, algún amigo tal vez, pero al final eres un recuerdo borroso y distante. Dirán que no eras mal chico, es posible, y eso ¿para qué sirve? Pero los demás harán su vida y tu, tu nada de nada. Serás una fotografía, una vieja fotografía y nada más. La vida no vale nada, no somos nada. La verdad es que he vivido, pero yo creo que poco. Me gustaría vivir tantas cosas. Conocer, oler, saborear, ser, no quiero que el libro de mi vida acabe en este capítulo. Me falta conocer a alguna mujer, escuchar a El Cigala más veces, leer otra vez El Buscón, beber algunas cervezas más y estar con los amigos. Qué pena, dan ganas de evitar la muerte como sea, pero estos granos son terribles, están muy rojos. Ahora me pica todo el cuerpo. He estado en el campo y puede que se deba a eso, hay tantos bichitos. ¿Me habrán picado algunos mosquitos o estos son los síntomas que unidos a los granitos indican que algo no funciona bien?

Algo pasa, picores a todas horas, granos rojos, cada día parece que hay más, ahora en los brazos, y están más rojos. Tengo que tomarme unas cervezas, así, quizás me olvide de los dichosos granitos. Beber no es la solución, pero parece que así se olvidan un poco las preocupaciones.

Miro la gente por la calle, me fijo en los cuellos de los hombres, en la cara, en el pecho. Aquellos que tienen algún grano o lunar me tranquilizan, me dan ganas de compartir con ellos mi desdicha. Esto no puede ser nada bueno, estoy seguro. Tengo envidia de la gente, de esos que parecen sanos y sin problemas, se ríen, están alegres, esto sólo me pasa a mí. Seguro que es una enfermedad rara y no se ha investigado nada. Sólo gastan dinero en las enfermedades que afectan a mucha gente, el sida y cosas así. Los granos, seguro que no, ¿Quién va a investigar unos granos?.

Me ducho, nunca me había duchado tantas veces al día, el alivio es mínimo, los picores siguen, y los granos también. No quiero mirarme el pecho, quiero ignorar lo que me pasa. Por fin tomo una decisión, no puedo estar un día tras otro dándole vueltas a lo mismo, me estoy obsesionando. Voy al médico de cabecera y dice que no es nada. Sin embargo me hace un volante para el especialista y me manda hacer unos análisis de sangre. Si no fuera nada no me habría enviado al especialista. Si no ve nada ¿por qué me manda hacer estos análisis de sangre? ¿Sólo de sangre? Ahora el resultado de los análisis dice que no hay nada. Lo dice el médico de cabecera y el especialista. Pero entonces ¿por qué salen los granos? Necesitaría una segunda opinión, otro médico que ratifique o desmienta las seguridades del especialista, doctor Cañamero. Dice que no es nada, que no me preocupe. Él, es un especialista ilustre, pero ya es mayor y si no va a congresos no estará al día, no conoce lo último en su especialidad. Estos médicos, también se equivocan, como todos.

Y si no me han querido preocupar. Es posible que esto ya no tenga solución y que tal vez entiendan que es mejor que viva mis últimos días en plena ignorancia. Se han puesto de acuerdo para no alarmarme. Hay médicos que son partidarios de no contar nada a los pacientes. Vivo en la ignorancia con mis granos, sin saber si tengo algo gordo o no. El médico dice que no es nada, pero no estoy nada seguro.

Ahora estoy más tranquilo. Sin embargo en la parte del brazo, donde me han sacado la sangre, días después se ha amoratado ¿por qué? No lo sé, me preocupa, pero esto es ya otra historia.